MIGUEL HERNÁNDEZ Y LA UNIVERSIDAD POPULAR DE CARTAGENA

Por
FRANCISCO JOSÉ FRANCO FERNÁNDEZ
DOLORES SÁNCHEZ CORBÍ
(UNED Cartagena – INCIS, Instituto Cartagenero de Investigación Histórica)

La huella de Gabriel Miró

La presencia de Miguel Hernández en la cultura cartagenera nace de la amistad con Carmen Conde y Antonio Oliver, que compartieron admiración por el también poeta oriolano Gabriel Miró. Miró era un escritor muy conocido y valorado en Cartagena, siendo el periodista y crítico literario Esteban Satorres su mayor biógrafo. 1927 fue su año de consagración en esta ciudad, pues encontró en aquel verano el calor de unos jóvenes entusiastas y admiradores de su obra. Aquel año fue el de su candidatura para ocupar un sillón vacante en la Real Academia de la Lengua, concurriendo también Eduardo Marquina, Ramón Pérez de Ayala y Antonio Machado; y el de la aparición de su obra *El obispo leproso*, que provocó un gran escándalo y le alejó definitivamente de la púrpura académica.

Fueron aquellos jóvenes amigos los que alegraron el espíritu de Miró en horas bajas y le rindieron homenaje como a tantos autores malditos. Su muerte en 1930 supuso una gran conmoción para los escritores cartageneros y poca gente sabe que fue en Cartagena donde se escribieron y publicaron las más bellas elegías en honor de este poeta. Cuando a Ramón Sijé todavía se lo permitía su maltrecha salud, escribió «Oleza, pasional natividad estética de Gabriel Miró» y el propio Miguel Hernández publicó en 1933 «Elegía de Gabriel Miró», no menos bella que la que le diese un tiempo después renombre universal tras la muerte de Sijé.

Por su parte, Antonio Oliver, perseguido de por vida por la sombra de Miró, escribió en junio de 1936 en la *Revista Hispanoamericana* su artículo «Naturaleza y poesía en la obra de Gabriel Miró». Pero, sin duda, las líneas más hermosas sobre la muerte de Miró fueron escritas por quien mejor lo conoció en esta región, el doctor unionense Antonio Ros, en la revista madrileña *Informaciones*, con el título de «El tesoro de un alma de poeta».

> Vivía así siempre Miró, como un gran poeta, alejado a todo lo que no fuese eso: poesía. Por eso sus libros no alcanzaban los grandes mercados, ni las academias se apresuraban a abrirle sus puertas. Por eso sus devotos, no éramos tan numerosos. Pero, por eso también sus fervorosos, en la hora de su muerte, lo hemos llorado con lágrimas abundantes, como ante la pérdida de una cosa muy nuestra[1].

Tras la muerte de Gabriel Miró, y ya en tiempos de la República, lo realmente interesante para los intelectuales cartageneros fue descubrir que la huella del genial escritor se había extendido fecundamente en aquellos lugares en los que había vivido: el recuerdo y la evocación de la figura de Gabriel Miró les llevó de una forma natural a relacionarse con los escritores alicantinos. Es indudable que una de las claves de la proyección nacional de los intelectuales cartageneros fue la estrecha y sincera amistad que unió a Miguel Her-

nández con Carmen Conde y su marido, Antonio Oliver, nacida por la común relación con Raimundo de los Reyes, la colaboración con el Ateneo de Alicante y el fervor hacia la figura de Gabriel Miró, compartida como sabemos con los hermanos Cegarra y Antonio Ros.

En el mes de septiembre de 1932 se recibió en la Universidad una nota cuyo texto, bajo el título «Romería lírica a Oleza con motivo de la inauguración del monumento al escritor levantino Gabriel Miró», decía:

> Orihuela se apresta, por fin, a rendir fervoroso homenaje al gran Gabriel Miró, que poetizó, en características y entrañables páginas, su existencia real y sus hombres representativos, Orihuela, convertida en Oleza por obra y gracia de la intuición comprensiva del estilista levantino, adviene al campo de la literatura española con justificado título: con máxima jerarquía de ciudad literaria. La Comisión, conociendo sus devociones mironianas, le invita a todos los actos que se celebrarán el próximo mes de octubre. Esperamos que todos aquéllos que gustaron de las deliciosas páginas de Gabriel Miró se reúnan con nosotros ese día, en la cuna espiritual de la gloriosa obra del profeta alicantino.

Firmaban esa nota José María Ballesteros, Ramón Sijé, Miguel Hernández y José María Pina Brotóns. Y acogida con el calor que merecía por la Universidad Popular, ésta se adhirió al homenaje de la manera que determinó otra comunicación suya divulgada por los diarios cartageneros:

> Conociendo la Universidad Popular el homenaje que la ciudad de Orihuela va a rendir al ilustre y malogrado escritor levantino, gloria de las Letras españolas, Gabriel Miró, organiza una excursión para el día 2 de octubre con el fin de asistir a la inauguración del monumento que Orihuela dedica a su autor. Mas no estando la personalidad de Miró muy difundida entre nosotros, esta excursión de la Universidad Popular irá precedida de unas conferencias informativas que, fuera de curso y eminentes con este motivo, pronunciarán conocidos amigos de Miró en la cátedra de nuestra Universidad Popular. Ramón Sijé y José Rodríguez Cánovas hablarán respectivamente de Orihuela en la obra mironiana y de la novela en Miró. Mañana daremos guiones y demás detalles de estos actos de honda espiritualidad, a los que se invita a los afiliados a la Universidad y a cuantas personas amantes de la cultura deseen asistir a ellos.

Los días 30 de septiembre y 1 de octubre se impartieron ambas conferencias. La primera, de Ramón Sijé, fue una disertación sobre la fisonomía, la historia y la filosofía de su ciudad en un desarrollo conducente a la exaltación de Gabriel Miró. Por su parte, Rodríguez Cánovas centró su intervención a desarrollar el tributo literario de Oleza.

Con un nutrido grupo de afiliados que presidieron Antonio Oliver y Carmen Conde, estuvo representada la Universidad Popular en Orihuela. Y asistencia especial ofreció a todos la cordialidad de Ramón Sijé, es decir, de José Marín, que sirvió de anfitrión a los cartageneros.

En realidad, la relación de los poetas de ambas ciudades se estrecha con motivo de la aparición del número extra del periódico literario *El Clamor de la Verdad* de Orihuela dedicado a la figura de Gabriel Miró. Miguel publicó allí su poema «Limón».

En el acto de homenaje celebrado en la Glorieta de Orihuela el 2 de octubre de 1932 a instancias de Ramón Sijé, Miguel leyó unas cuartillas. Se trataba así de adornar con poesía la inauguración del busto de Gabriel Miró. Al acto de Orihuela había sido invitado Azorín, pero no contestó a la invitación ni fue al acto. Le sustituyó Ernesto Giménez Caballero, quien en su discurso comentó de forma irónica refiriéndose a los de derechas:

...nosotros los que hemos traído la República...

Y Antonio Oliver, en medio de un gran nerviosismo, le increpó acusándole de mentiroso. Ante este hecho intervinieron los servicios de seguridad que se llevaron detenido a Oliver. Mientras esto ocurría, Carmen Conde y María Cegarra permanecieron en la cafetería del *Hotel Palace* donde también acudió Miguel Hernández que entregó a Carmen Conde, sin alterarse demasiado por lo sucedido, el texto autógrafo de *Perito en lunas*, que ya estaba en imprenta aunque no saldría hasta el año 1933. Mantuvo en ese momento una agradable conversación con María Cegarra: fue el comienzo de una intensa relación.

La Murcia que conoció Miguel Hernández

La relación personal de Miguel Hernández con la Región de Murcia fue intensa desde comienzo de los años 30, llegando a tener una proyección pública a partir del 10 de julio de 1932, cuando visitó el diario *La Verdad* de Murcia. Tal y como es tradición en el periódico, al día siguiente de la visita, apareció publicado el siguiente testimonio:

> Es muy joven; los años de su niñez los pasó cuidando cabras; hace muy bellos versos y quiere ser marino para cantar al mar. Le acompañó en su silencio el culto escritor Ramón Sijé, también oriolano y joven, que nos contó la vida interesante del poeta y nos dio un recital de sus versos.

Pero, lo más interesante de la biografía de Miguel en relación a Murcia fue su encuentro con Federico García Lorca. El insigne intelectual granadino estaba en Murcia porque recorría España con *La Barraca*, en una campaña popular patrocinada por las Misiones pedagógicas, o *patológicas*, como las llamaba Lorca con su característico buen humor.

Sabemos perfectamente la misión que trajo a Lorca a Murcia con su grupo de teatro y lo que representó y montó en la ciudad, ya que la prensa local dio cuenta detallada de ello. Procedían de Alicante y vinieron a realizar un espectáculo totalmente gratis en el Romea, según se anunciaba a los periodistas en los últimos días de diciembre. Distribuyeron un programa en el que se daba cuenta de sus orígenes, de su carácter experimental y su doble misión popular y culta. Para los pueblos disponían de un espectáculo basado en los entremeses de Cervantes y otros, y para las ciudades y público más selecto de una representación de *La vida es sueño*, de Calderón. La realización plástica de esta última obra se debía a Benjamín Palencia. El segundo programa estaba compuesto por *La cueva de Salamanca*, de Cervantes y *Los dos habladores* (de la escuela salmantina), con decorados y trajes de Ramón Gaya.

El éxito en Murcia fue total, ya que el espectáculo estaba montado con arte e ingenio. Se celebró el día 2 de enero y todos los periódicos destacaban al día siguiente la intervención directa y personal de Lorca.

Pero lo importante de esa gira lorquiana fue que gracias a la amistad con Raimundo de los Reyes, director de la sección literaria del diario, Miguel Hernández pudo conocer en Murcia a Federico: la llegada de esta compañía fue acogida con gran expectación por los escritores de la región. La presencia de *La Barraca* en Murcia formó parte del llamado séptimo itinerario del grupo, que recorrería las ciudades de Alicante, Elche y Murcia entre diciembre de 1932 y enero de 1933.

Raimundo de los Reyes llamó a Miguel Hernández para que corrigiera en su propia casa su libro *Perito en lunas*. Fue en aquella ocasión, como relatan tantos escritores, cuando se llevó a cabo la presentación y el encuentro de los dos poetas. Esta entrevista murciana

sería el principio de una relación ciertamente curiosa y compleja entre estos dos grandes poetas, que quedarían unidos en nuestra mitología literaria por el común trágico destino de sus vidas. Miguel quedó profundamente emocionado por este encuentro con el ya consagrado poeta granadino, que mantenía una intensa relación con la región a través del *Suplemento Literario de La Verdad* y la revista *Verso y Prosa*, donde aparecían sus colaboraciones. En especial destaca la relación con Jorge Guillén, cuyas cartas sobre temas relacionados con Murcia podemos leer en las obras completas del poeta granadino, que –recuérdese– siempre demostró gran afecto por la poesía y el estilo recogidos en *Verso y Prosa*.

García Lorca vestía aquel día el mono de «La Barraca» y se dirigió por la murciana calle de la Trapería con Raimundo de los Reyes hasta la casa de éste. Aquel día de Año Nuevo se produjo, con el texto de *Perito en lunas* en manos de Federico, una animada conversación. No escatimó elogios al oriolano, quien, abriendo con aspavientos los brazos, gritó:

¡Con que soy el primer poeta de España...!

A lo que Federico, sonriente, pero nervioso, pues así le ponía el mero hecho de que alguien osara creerse en el puesto que él estaba firmemente convencido de ocupar, respondió un poco celoso:

No tanto, no tanto...

Aquella conversación terminó con un largo y amistoso paseo por la orillas del río Segura en el que García Lorca acabó contagiándose del buen humor e ingenio de Hernández. Pero pronto la desesperanza cundió en el ánimo de éste cuando vio que su libro no obtenía el éxito que él esperaba, lo cual transmitió a su nuevo amigo en una carta fechada unos días después de aquel encuentro en la que se percibe la espontaneidad de Miguel traducida esta vez en palabras malsonantes, habituales al parecer en el habla coloquial del poeta. La crítica se había ensañado con Miguel Hernández, y él no lo aceptó con corrección. La vehemencia de su carta encontró pronto respuesta por parte de Lorca. En sus *Obras completas* puede leerse la respuesta larga y alentadora en la que el poeta granadino le muestra su confianza y aprecio y le invita a que siga luchando, porque lo que ocurre con su primer libro es lo mismo que siempre ha pasado con todos ellos.

Miguel muestra una inusitada confianza en sí mismo ante Federico, que en esos momentos era ya un poeta consagrado a nivel internacional, y esta arrogancia, que al principio le hizo gracia, acabó molestándole. Finalmente ya no prestaba ninguna atención a los ruegos del oriolano: jamás volvió responder a las numerosas misivas de Hernández.

Miguel Hernández y Cartagena

Dentro de la atormentada vida de Miguel sus viajes a Cartagena le servían de estímulo e inspiración. Carmen Conde y Antonio Oliver lo recibían gustosamente en su casa de Los Dolores y lo tenían como íntimo amigo y compañero de ellos y de María Cegarra. Tras el contacto de Orihuela, fueron frecuentes las cartas invitándole a participar en las numerosas actividades de la ya acreditada Universidad Popular. Tras la presentación de su libro *Perito en lunas* en la Universidad Popular de Cartagena el día 28 de enero de 1933, el 28 de julio de ese mismo año Miguel Hernández recitó por mediación de Carmen en el Ateneo varias de sus composiciones, aún inéditas, como «Elegía media del toro» y «Elegía de la novia-lunada», así como otros poemas de su libro, la presencia junto a él de una jaula y un limón llamó mucho la atención al público allí presente.

Desde aquel verano la relación de Miguel Hernández con el círculo cultural cartagenero se ampliará, publicando en la prensa de la ciudad el dicho poema «Ciudad en mar ligero y campo rápido». Ese mismo año aparecen en Cartagena otros poemas del oriolano como «Espera en desaseo», «Tres poemas» y «Pastor-plural». En 1934 aparecen «Momento-campesino», «Marzo hortado», «Monarquía de lunas» y «Un Auto Sacramental». La revista sijeriana *El Gallo Crisis*, se convierte en un punto de referencia para los intelectuales cartageneros, que le invitan a realizar algunas visitas a Cartagena.

De sus viajes por el municipio Miguel guarda una especial querencia hacia la costa, el Mar Menor y Cabo de Palos principalmente. Su imaginativa mente le hace idear un plan para transportar al veraneo cartagenero al mismísimo Pablo Neruda. Y así se lo hace saber por carta a su amigo, el intelectual murciano Juan Guerrero:

> Madrid, junio 1935
>
> ...Mire: yo quisiera llevar para agosto a Pablo Neruda a ver lo mejor de esas tierras: usted, nuestros pueblos palestinos, Cabo de Palos... Quiero saber si podría residir en la isla de Tabarca o en una de las islas del Mar Menor: ¿en una de éstas sería mejor, no? A él sé que le agradaría un lugar donde el mar no se encontrara con arenas de ir a la tierra, donde el agua tuviera más grandeza. He hablado a Antonio Oliver y me ha prometido gestionar inmediatamente el asunto: Yo he pensado en usted antes, pues sé que es el llamado a coger mejor sitio. He de decirle que yo pienso también ir, y quisiera que nos resultara lo más barato posible. Además: Pablo tiene una niña de diez meses enferma y le agradeceré me diga si hay médicos buenos, especializados en enfermedades de niños.

Y finalmente se olvida de Neruda, pero sigue empeñado en ir él, porque le gusta la tierra y la buena compañía, de sus amigos y, sobre todo, de María Cegarra, a la que no se quita de la cabeza. Y se dirige a la Universidad Popular con esas pretensiones:

> A Carmen Conde y Antonio Oliver Belmás
>
> (Orihuela, agosto 1935)
>
> Queridos Antonio y Carmen –porque supongo que ya habrás abandonado el Pardo y Madrid, tú, querida Carmen, para volverte a nuestra azul y velera Cartagena–: os deseo la alegría y la serenidad necesarias para conducirse por este verano de soles desesperantes, para trasladarse de un día a otro de esta vida que vale la pena sufrir. Os recuerdo constantemente en nuestra Orihuela, en el huerto de mi casa, con higueras y chicharras, que exaltan la sangre de mis venas. He hablado con Sijé varias veces de vosotros; le dije tu deseo y mío, Antonio, de antologar a los poetas mediterráneos de esta parte, y de tus recuerdos para él, de vuestros recuerdos. Decidme cómo, en qué estado, con qué ánimo, se desarrollan vuestras vidas cubiertas de molinos veleros y bocas de minerales. Yo quisiera saberos olvidados casi siempre –ya que a nadie nos es posible la alegría continua– de vuestros pesares.
>
> He comenzado mi tragedia montés con entusiasmo muy grande: todo se ha conjurado en favor mío: la luna, al plenilunio; la viña, al rojo y al azul; las eras, a la cosecha; las chicharras, a la locura. Me siento grandemente satisfecho de estos paisajes de piedra y tierra de que me rodeo. Decidme si vosotros también respiráis en paz y dulzura los aires que van a dar impulso a los molinos –¡qué obsesión de palabras! Decidme, además, si habéis solucionado lo de mi viaje por ahí y para qué fecha queréis que vaya a vuestros ojos, manos y oídos mi persona. Sabéis que me interesa muchísimo. Quisiera que fuera mi viaje para el 16 o el 17: ¿puede ser, amigos míos Carmen y Antonio? Tengo muchas ganas de volver a ver esa tierra y ese mar que me están negados tratar más de dos días. Os envío ésta a la Universidad Popular, porque cometí la torpeza o

distracción de no preguntaros por vuestro nuevo domicilio. De modo que, hasta que no me escribáis, estaré en la duda de si habréis o no recibido mis líneas.

Os abraza largamente, con alegría y emoción, vuestro

MIGUEL.

Finalmente el viaje, muy aprovechado, comenzó el día 27 de agosto de aquel año 1935, con motivo del tricentenario de Lope de Vega. Miguel Hernández ofreció aquel día en el Ateneo de Cartagena un recital de versos escogidos del *Fénix de los Ingenios*. En calidad de anfitrión el médico Manuel Más Gilabert, presidente en aquel tiempo de la Universidad Popular, repasó algunos datos biográficos de Lope, apareciendo en la prensa local el siguiente comentario:

> Anoche en el Ateneo, Miguel Hernández dio un recital de versos escogidos de Lope de Vega. Rindió homenaje al Romanticismo español en la figura del conde de Villamediana y dio a conocer algunas poesías originales. Mas Gilabert narró algunos datos biográficos de Lope de Vega.

Al día siguiente Miguel Hernández acompaña a Carmen Conde y su marido en una excursión a Cabo de Palos, donde recuerdan a Gabriel Miró con la lectura del poema de éste «El caracol del faro», obra que, en contra de lo supuesto hasta no hace mucho, está inspirado en las visitas nocturnas del escritor alicantino al Faro de Cabo de Palos con Antonio Ros y en sus conversaciones con Andrés Cegarra, escritores que desde diferentes puntos geográficos amaban igualmente «este pedazo de tierra mimada de mar». Cada excursión venía casi siempre precedida de un objetivo de carácter pedagógico y humanitario, dando sentido pleno al programa de la Universidad Popular.

En esta ocasión, el matrimonio Oliver-Conde había conseguido que el Patronato de Misiones Pedagógicas enviara una selecta y nutrida biblioteca a Cabo de Palos. Bajo el mismo faro se realizó la fotografía de Miguel Hernández con los alumnos. Los intelectuales locales consideraban las Misiones Pedagógicas como una de las grandes obras culturales y educativas de la República, mereciendo elogiosos artículos de prensa.

Con sus amigos cartageneros compartió buenos momentos, y también sus adversidades, como en el caso de la muerte de Ramón Sijé, recordado por haber aportado su esfuerzo colaborador a la Universidad Popular. Ramón Sijé, fallecido a comienzos de aquel fatídico año 1936, recibió un merecido homenaje de sus amigos murcianos: el diario *La Verdad* le dedicó el día 30 de enero su página especial de «Letras y Artes». El escritor J. Alda Tesán, en ella, describió su figura humana diciendo:

> Corto de estatura y débil de cuerpo, sería seguramente gigante para quien no lo haya conocido; tales eran la fuerza y la intensidad de su vital preocupación. Pudo ser un cíclope y era un raquítico. Sus hombros se han hilado con un escalofriante crujir de huesos bajo el peso de lo inexorable, truncando lo que de promesa se había convertido en realidad.

Antonio Oliver apareció, como siempre en los momentos de adversidad, como la voz destinada a establecer y fijar lo preciso y lo justo en esos momentos:

> Recordemos a Sijé –escribió en su página de «La Verdad» [...] Tengamos conciencia regional, aquí hablo, naturalmente, para los que sobre todas las ideas sienten la hermandad ante la cultura; quiero convocar a los que tienen noción, del tiempo que nos ha tocado recorrer bajo esta luz mediterránea.

En 1936 la relación de Miguel con Cartagena se centra sobre todo en la publicación de sus artículos de homenaje: «Nota lírica sobre Ramón Sijé», «Evocando a Sijé en el ambiente de Orihuela» y «Estela de Ramón Sijé. Homenaje póstumo», publicados por el diario cartagenero *República* entre enero y junio. Todos los intelectuales cartageneros se unieron a la iniciativa de crear una beca de estudios en honor a su memoria. Las aportaciones de dinero del pueblo de Cartagena se tramitaron a través del notario de Orihuela José María Quílez. En junio de ese año aparece en Orihuela la Hoja de Poesía llamada Silbo, donde publicaron sus poesías Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández, Enrique Azcoaga, Alfredo Serna, Vicente Aleixandre, Antonio Oliver, Jesús Poveda y Carlos Fenoll.

Su amistad con María Cegarra

Hemos de recordar que la vinculación de Miguel Hernández con Cartagena y María Cegarra se hace muy intensa desde el acto de la glorieta de Orihuela aquel momento: existen unas cartas, poco conocidas a nivel nacional y que ella nunca quiso sacar a la luz:

> Esas cartas que son para mí un gran tesoro. Por razones muy particulares decidí que no fuesen del dominio público. Nada nuevo aportarían a la vida de Miguel, y sí sería yo quien adquiriría una popularidad que detesto.

La insistencia de Miguel Hernández desde el encuentro de Orihuela de 1932 en viajar a Cartagena se debe sobre todo a su relación con la poetisa unionense, a la que considera su fuente de inspiración, una especie de amor imposible. Pero María tiene hacia él un sentimiento ambiguo: se conserva igualmente correspondencia en la que Miguel se queja a Carmen Conde y a Antonio Oliver de que escribe a María y que ésta no le contesta. En ocasiones María Cegarra decía que Miguel le gustaba como poeta pero no como hombre, pues lo consideraba algo tosco. Claro está que a ésta, mujer católica y chapada a la antigua, le escandalizaban las propuestas de Miguel, buscando la complicidad de Carmen Conde y Antonio Oliver, para que fuese a Madrid, donde el poeta oriolano comenzaba a ser conocido en los ambientes literarios de la nueva república, cautivada por los encantos del poeta-pastor. Tampoco desconocería su relación, más que amistosa, con la excéntrica pintora Maruja Mallo, que despertaba en él otros instintos diferentes.

A partir de 1935 la amistad entre ambos se alejó y, en conversaciones privadas, María insistía en no querer publicar su correspondencia porque Miguel Hernández era un hombre comprometido con la que en 1937 se convirtió en su esposa, su novia de siempre, Josefina Manresa. A pesar de la indiferencia, sin duda provocada por las profundas creencias religiosas y la estricta educación de María, en su obra poética es evidente la presencia de Miguel Hernández, especialmente en su obra *Cristales míos*:

> Llegó a la costa, de tierra adentro,
> y parecía desembarcado de una lancha de pescadores,
> remero de aguas y vientos,
> bravamente curtida la piel,
> alucinada la mirada verde blanquinosa brillante,
> apóstol de luces submarinas.
> Sabía izar el color de los limoneros,
> en sus melodías oxidadas,
> y anclar al cielo –el mástil– las anchuras ocres de los campos.
> No tuvo nada que hacer el sol en su frente, ni el mar en sus sueños.

Por su parte advertimos la aproximación de Miguel a María en la dedicatoria de uno de sus poemas:

> Para mi queridísima María Cegarra con todo el fervor de su Miguel Hernández.

La relación entre los dos poetas puede resumirse en la carta que Miguel escribe a María:

> No puedes imaginarte cuánto he pensado en tu persona desde nuestro encuentro en tu pueblo. Qué poco nos hemos tratado ¿no te parece? Te conocí de pronto en Orihuela, te hablé unos momentos, te vi en Cartagena otros instantes y por fin este agosto pasado, inolvidable para mí los que estuve por esas tierras, logré hablarte durante varias horas. ¿Por qué no nos vemos con más constancia? Sólo me queda de tu compañía tu libro y dos mendrugos de mineral. Nada más, aunque no es poco.
>
> ...El otro día quité de la solapa de mi chaqueta aquel nardo que me regalaste. María, ha llegado conmigo hasta Madrid: no debió mustiarse nunca.

La investigadora Belén Pardo sostiene, basándose en la correspondencia publicada de Miguel Hernández, que *El rayo que no cesa* está dedicado a María Cegarra y no a Josefina Manresa. Según este testimonio, está demostrado que en julio de 1935 su relación con Josefina estaba deteriorada y le dice que posiblemente no vaya en verano a Orihuela, que creemos tiene que ver con sus pretensiones de pasar el verano en Cartagena. Miguel residía entonces en Madrid e iba periódicamente a Orihuela a ver a sus seres queridos, pero escribió a Carmen Conde y a Antonio Oliver, como hemos visto, para que le invitasen a Cartagena y poder así estar con ellos y con María Cegarra, lo cual consiguió solo por unos días. El poema de María Cegarra «Presencia de Miguel», confiere mayor certeza a esta teoría.

> Nadie
> –ni antes ni después de ti–
> supo, sabe
> pronunciar mi nombre.
> A tus llamadas me encontré.
> Sin moverme acudía.
> Entonces de mí supe
> la belleza de las cálidas letras
> que me envuelven y acompañan.
> Entonces vinieron a mi mundo
> sueños, ilusiones, esperanzas.
> Entonces nacía «el rayo que no cesa».
> Y mis pequeños poemas, tristes, asustados.
> Entonces...
> Te recuerdo en mi nombre
> –aprendido de ti–
> que conmigo, inseparable, llevo.
> Inconsumible, ingrávido.
> Sin muerte y sin dolor.

De la relación con Miguel Hernández y del libro *El rayo que no cesa* contó en 1983 la escritora lo siguiente:

> ...Bueno, fue una relación muy breve la que tuvimos, allá por el año 35. Miguel venía por aquí y simpatizamos. Cuando hizo «El rayo que no cesa» me traía los primeros

> versos de lo que luego ha sido un libro, y me los dedicó a mí... Después se fue a Madrid y desde allí me mandó algunas cartas...yo le puse un nardo en la solapa... y me escribía desde Madrid diciendo: «Todavía me dura el nardo, ojala no se seque nunca»... No he querido que se sepa, que saliera yo con este romance antiguo para aprovecharme.

El distanciamiento definitivo de María hacia el poeta fue por motivos ideológicos y de pura conciencia, como parece demostrarse en esta reflexión: «Después vino la guerra y yo me disgusté mucho, porque le vi diciendo versos exaltando a los soldados...».

La Guerra Civil española, dividió e hizo tomar partido a muchas familias y a muchos amigos, rompió estos lazos de amistad, amor y cultura entre los escritores murcianos y alicantinos, destrozó los sueños forjados por una generación irrepetible, de la que hacemos, una vez más, con ocasión de este aniversario un pequeño homenaje a través del recuerdo del que fue, sin duda alguna, un gran hombre y un gran poeta, Miguel Hernández.

BIBLIOGRAFÍA

FRANCO FERNÁNDEZ, Francisco José, *Cartagena, 1931-36. Los años de la esperanza*, Cartagena, Editorial Aglaya, 2002.

—, *República, guerra y exilio. Antonio Ros y la Generación del 27*, Cartagena, Editorial Aglaya, 2005.

—, *Mujeres de la España republicana*, Cartagena, Editorial Aglaya, 2008.

—, «La huella de Miguel Hernández en la Cartagena republicana», *El Eco Hernandiano*, 10, pp. 2-8.

FRANCO, Francisco José y Dolores Corbí, «Cartagena en el centenario de Miguel Hernández», *Cartagena Histórica*, 32.

NOTAS

1.–Publicado el 18 de diciembre de 1930.